

HOMENAJE AL INGENIERO E HISTORIADOR EDMUNDO AVIÑA LEVY

En ocasión de las "Jornadas Antonio del Rincón", celebradas el 7 y 8 de diciembre de 1995 en el Auditorio Fray Bernardino de Sahagún, del Museo Nacional de Antropología, para conmemorar el Cuarto Centenario de la aparición del *Arte de la lengua mexicana* dispuesto por dicho jesuita, los participantes de ese evento decidieron rendir también homenaje al ingeniero e historiador Edmundo Aviña Levy. La razón de este homenaje es que Aviña Levy ha publicado desinteresadamente ediciones facsimilares de varias gramáticas o artes del náhuatl, entre ellas precisamente una del padre Rincón.

En el homenaje, que tuvo lugar el 8 de diciembre en presencia de Edmundo Aviña Levy y su distinguida esposa, hicieron uso de la palabra Ascensión y Miguel León-Portilla, así como Angélica Peregrina, Secretaria General de El Colegio de Jalisco, que leyó además una comunicación enviada por el doctor José María Muriá, director de dicha institución.

Considerando que será de interés para los lectores de *Estudios de Cultura Náhuatl* tener noticia de las aportaciones de Aviña Levy en relación con la lengua náhuatl, se reproducen aquí las palabras que se expresaron en esa ocasión.

¿Qué tiene que ver esta conmemoración del aniversario del *Arte mexicana* de Antonio del Rincón con Edmundo Aviña Levy, ingeniero, historiador y enamorado de los libros? Muchos se preguntarán la relación de ambos y se puede decir así, a primera vista, que es estrecha. Aviña y Rincón quedaron unidos para siempre en 1967 cuando el editor jalisciense sacó en edición facsimilar el *Arte* del jesuita tezcocano.

En aquel año, los estudiosos del náhuatl tenían en sus manos una obra que hacía mucho tiempo se había vuelto inobtenible. En efecto, la última edición del *Arte* de Rincón había sido la hecha por Antonio Peñafiel en 1885,¹ que tres años más tarde se reimprimió en los *Anales del Museo Nacional*.² Edmundo Aviña sacó un facsimilar del de Peñafiel de 1885, en buen papel y con gran fidelidad. Al escoger esta obra entre las gramáticas novohispanas, Aviña mostró gran perspicacia. El trabajo del jesuita tezcocano constituía un gran paso en la codificación gramatical de la lengua náhuatl. Por vez primera, su autor se había enfrentado con la fonética de la lengua mexicana y había logrado aportar doctrina en el campo de la fonología. Como hemos visto aquí, la obra de Rincón marcó un hito en la historia de la lingüística y Edmundo, al editarla, hizo un gran servicio a los estudiosos de la lengua y cultura nahuas.

Pero no era el *Arte mexicana* de Rincón la primera obra de índole lingüística que Aviña publicaba. Un año antes, en 1966, este editor jalisciense había impreso el *Estudio de la filosofía y riqueza de la lengua mexicana*, de su paisano, el también tapatío, Agustín de la Rosa.

¹ *Arte mexicana*, compuesta por el padre Antonio del Rincón de la Compañía de Jesús, en México en casa de Pedro Baili, 1595. Se reimprime bajo el cuidado del Dr. Antonio Peñafiel, México, Oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1885, v + 94 p.

² *Arte mexicana...* por el padre Antonio del Rincón..., *Anales del Museo Nacional*, 1ra. época, t. IV, entregas IV y V. México, Oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1885. Recogida por Francisco del Paso y Troncoso y Luis González Obregón en el tomo *Colección de gramáticas de la lengua mexicana*, México, 1904, p. 225-280.

De la Rosa tiene muchos méritos, sobre todo el de haber tenido tiempo para cultivar la vida académica con el humanismo y la práctica humanitaria. Profesor en el Seminario de Guadalajara, el padre Agustín se distinguió por sus actividades en pro de los niños abandonados. Como filólogo del náhuatl nos ha dejado una obra estimable en la que muestra su amor a la lengua que se había hablado en Jalisco y que se iba perdiendo de prisa.³ Quizá por eso escribió su *Estudio de la filosofía y riqueza de la lengua mexicana*, que además de ser una gramática con fines pedagógicos, es también un panegírico de la lengua mexicana, de su capacidad para expresar sentimientos poéticos y metafísicos, de sus posibilidades para el conocimiento científico y religioso.

Aviña Levy conocía bien y admiraba al padre De la Rosa y quiso rescatar su figura, revalorarla cuando ya el tiempo la había desvanecido. Para ello, nada mejor que publicar, en edición facsimilar, la obra más lograda de don Agustín, su ya mencionado *Estudio de la filosofía y riqueza de la lengua mexicana*, que había sido impresa por primera vez en 1887.⁴ Al hacerlo, Edmundo Aviña rescataba una gran figura de la lingüística náhuatl y rendía homenaje a su paisano, uno de los más destacados filólogos indigenistas del siglo XIX.

Yo creo que con estas dos ediciones facsimilares, que fueron muy bien recibidas, Edmundo se engolosinó y siguió sacando *artes* de la lengua mexicana, porque en 1967, es decir un año después de editar a De la Rosa, publicó dos *artes* novohispanas: la de Tapia Zenteno y la de Cortés y Zedeño. La del bachiller Carlos de Tapia Zenteno, titulada *Arte novíssima de lengua mexicana*, publicada por primera vez en 1753,⁵ es un compendio gramatical con fines didácticos, cosa natural si pensamos que su autor era catedrático de Prima de la lengua náhuatl en la Universidad de México. Tuvo el mérito Tapia de romper con el modelo latino de declinaciones que precisamente nuestro Antonio del Rincón había introducido en su famosa gramática que hoy recordamos.

³ Sobre la producción lingüística y filológica del padre De la Rosa, *vid.* Ascensión H. de León-Portilla, *Tepuztlahcuilólli: impresos en náhuatl. Historia y bibliografía*, México, UNAM, 1988, t. II, p. 346-348.

⁴ Agustín de la Rosa, *Estudio de la filosofía y riqueza de la lengua mexicana*, por el presbítero..., Guadalajara, Imprenta de Parga, 1887, 84 p. En 1889 se hizo una segunda edición, también en Guadalajara, por el gobierno del Estado, que es la que reprodujo facsimilarmente Edmundo Aviña Levy en 1966.

⁵ Carlos de Tapia Zenteno, *Arte novíssima de lengua mexicana que dictó don...* En México, por la Viuda de D. Joseph Bernardo de Hogal, año de 1753, 20 p. de preliminares sin numerar + 58 p. numeradas.

La de Jerónimo Tomás de Aquino Cortés y Zedeño se intitula *Arte, vocabulario y confesionario en el idioma mexicano como se usa en el obispado de Guadalajara*, y se publicó en la recién creada imprenta de la Puebla de los Ángeles en 1765.⁶ Como indica su título, es todo un tratado gramatical y religioso, pues incluye un *arte*, un diccionario y un confesionario. Muy inspirado en el *Arte* que en 1673 publicó fray Agustín de Vetancurt, la gramática de Cortés y Zedeño, aunque es compendiosa, describe bien la morfología y la composición. Como dato curioso añadiré que al estudiar los géneros de los nombres incluye el autor cuatro categorías: masculinos y femeninos, epicenos o promiscuos y neutros.

Yo creo que Aviña Levy escogió este texto porque recogía el náhuatl hablado en lo que entonces era el obispado de Guadalajara, y esto le hacía digno de un particular interés. En cierta manera este *Arte* venía a enriquecer la doctrina gramatical explicitada casi un siglo antes, por fray Juan Guerra, en su *Arte de la lengua mexicana según la acostumbran a hablar los indios en todo el obispado de Guadalajara, parte del de Guadiana y del de Mechoacan*, publicado en México en 1692.

Al publicar estas dos gramáticas novohispanas, las de Tapia y Cortés, Edmundo Aviña rescató dos textos que sólo en bibliotecas especializadas se podían consultar. La de Tapia había sido reimpressa en los *Anales del Museo Nacional* en 1885, pero la de Cortés y Zedeño nunca se había vuelto a imprimir.

Dos años después de estas ediciones facsimilares, es decir en 1969, Aviña Levy nos ofreció otra gramática, la del bachiller Antonio Vázquez Gastelu (quien firmaba con el rimbombante título de "El Rey de Figueroa"), *Arte de la lengua mexicana*, impresa en Puebla en 1689. Es un tratado muy breve, un epítome en realidad, ya que en 42 páginas (recto y verso) se dispone la gramática, un confesionario y un catecismo breves. Creo que al incluirla en su lista de facsímiles, Edmundo atinó porque la obra de Vázquez Gastelu es sencilla, concisa y completa; quizá sea la más fácil y asequible para el principiante de cuantas se editaron en el periodo colonial.

Y finalmente llegamos a 1972, año crucial para las ediciones de Aviña. En aquel año sacó a luz la edición facsimilar que Rémi Siméon había hecho en París del *Arte de la lengua mexicana* de fray Andrés de Olmos en 1875. Aunque esta gramática había sido reimpressa

⁶ Gerónimo Tomás de Aquino Cortés y Zedeño, *Arte, vocabulario y confesionario en el idioma mexicano como se usa en el obispado de Guadalajara compuestos por el bachiller...*, En la imprenta del Colegio Real de San Ignacio de la Puebla de los Ángeles, año de 1765, 14 p. de preliminares sin numerar + 184 p. numeradas.

en los *Anales del Museo Nacional* en 1885, y después, en 1904, por Francisco del Paso y Troncoso y Luis González Obregón en el tomo *Colección de gramáticas de la lengua mexicana*, ya no se encontraba por ninguna parte.

En verdad Aviña Levy no pudo hacer mejor servicio a la cultura editando este texto, de valor singular dentro de la historia de la lingüística. Era la primera gramática sobre la lengua mexicana y sobre cualquier lengua no indoeuropea. Además, su autor, que la terminó en fecha tan temprana como 1547, nunca pudo verla impresa; pasaron siglos hasta que Siméon la publicó. Al fijarse en este *Arte*, Edmundo escogió uno de los mejores tratados gramaticales de la historia de la lingüística. Una vez más el ingeniero enamorado de los libros y de la historia hacía un servicio enorme al mundo académico y a los amantes de la lengua mexicana.

Fue precisamente cuando Edmundo preparaba la edición del *Arte* de Olmos cuando yo lo conocí de más cerca. Poco antes de 1972 le había pedido a Miguel un "Prólogo" para la edición que iba a sacar. La redacción de dicho prólogo fue motivo de encuentros y llamadas por teléfono y motivo de un acercamiento amistoso que con el tiempo se agrandaría. Por vez primera aparecía esta gramática con un prólogo en español más el que Siméon había antepuesto a su edición, traducido al español por Miguel. Cuando salió la gramática de Olmos, Edmundo nos estaba regalando una edición muy completa y muy bella apegada a la original y enriquecida con un prólogo acerca del autor y sus obras.

Casualmente en aquel tiempo yo preparaba mi primer trabajo sobre bibliografía lingüística náhuatl y manejaba las ediciones que Aviña había hecho de las gramáticas novohispanas. El número y calidad de estas ediciones me llamó la atención: eran textos cuidadosamente impresos, en buen papel, con márgenes amplios y con elegantes portadas. Al hojearlas pensaba que sin el generoso editor jalisciense, quizá hubiera tenido que brincar de biblioteca en biblioteca, cosa nada apetecible en una ciudad como ésta. Además, estoy convencida de que después de pedir permisos especiales en las bibliotecas, nunca habría encontrado todas las gramáticas que necesitaba; siempre me toparía con que alguna estaba perdida o "prestada". Así que para mí fue una bendición encontrar aquella colección de seis facsímiles de lingüística náhuatl que un ingeniero de Guadalajara había tenido la esplendidez de pagar de su bolsillo.

Pero lo mejor de estos seis facsímiles no quedó sólo en el ámbito académico. Ahora, después de muchos años, pienso que los libros nos abrieron a otro ámbito, el de la amistad. Y pronto se presentó la

ocasión de conocer de cerca a los Aviña y de tratarlos. Como tantas veces sucede en la vida, la ocasión se debió a un hecho fortuito. Un día que nos encontramos con él y con su esposa Tere en la ciudad de México hablamos de los hijos. Ellos tenían una parejita, nosotros una sola hija; los tres de edades cercanas. Al hablar descubrimos que su hija Teresita estaba sufriendo una alergia muy molesta y que gracias a un médico de Guadalajara había mejorado. Como nuestra hija padecía asma desde los tres años, decidimos emprender viaje a la Perla Tapatía para que la atendiese el médico de la niña. Fue un acierto doble. Por una parte Marisa, nuestra hija, mejoró con las vacunas del médico de Teresita. Y, por la otra, empezamos a tratar muy de cerca a los Aviña, Edmundo y Tere.

Cada viaje a Guadalajara era un paso en la consolidación de nuestra amistad. Cuando preparábamos el viaje, no pensábamos en la visita al médico, algo molesta, sino en los ratos que pasaríamos con Edmundo y Tere. En aquellos años Edmundo cursaba la licenciatura en historia con un amigo común el licenciado en historia Salvador Reynoso, y Tere dedicaba parte de su tiempo a la pintura. Sobraban los motivos de plática, con frecuencia en torno a los libros. Siempre había un proyecto de edición y siempre había que ver las nuevas adquisiciones de la biblioteca de los Aviña. La conversación también abarcaba a los eruditos y bibliófilos de Guadalajara, algunos de los cuales habían logrado reunir colecciones estimables. En aquellas conversaciones acerca de los historiadores y bibliófilos tapatíos, de sus tareas y de sus logros, yo aprendí mucho de los vicios y virtudes de los enamorados de los libros, de los que corren para ganar el libro a los demás y luego lo guardan; de los que ya no pueden con tanto libro y tienen que meterlos debajo de las camas y de los sofás, encima de los burós, y en cajas que a manera de tropezones, le esperan a uno en cualquier lugar de la casa.

Con los Aviña fuimos compartiendo, además de los libros, amigos fieles, dos de los cuales son ya viejos amigos. Me refiero a Miguel Mathes y José María Muriá. No voy a hablar aquí de ellos pues son investigadores bien conocidos. Mathes de las Californias y Muriá de la historia de Jalisco, que ha escrito en todas sus dimensiones. Los dos nacieron provistos de un apetito insaciable de libros y gracias a este apetito han formado muy buenas colecciones para la investigación.

Los Aviña y nosotros hemos compartido muy buenos ratos, a veces los seis juntos, a veces sólo los cuatro pero siempre hablando de los seis. El mundo de los libros y de sus fanáticos poseedores nos ha hecho pasar muy buenos ratos, nos ha hecho aprender mucho y sobre todo consolidar una amistad para siempre.

Volviendo a nuestras idas a Guadalajara quiero también resaltar que, Edmundo y Tere, anfitriones cabales, nos enseñaron la ciudad y sus alrededores. En la década de 1970, es decir cuando íbamos al médico de las vacunas, tenían ellos una preciosa casa en Chapala, lo cual era un privilegio y también, porqué no decirlo, una envidia para los que llegábamos de la ciudad de México porque los pueblos de las lagunas de Chapala y Acajtitlan podían ofrecer a sus visitantes todo o casi todo para pasar unos días a gusto: buen clima, tranquilidad, flores, agua, cielo estrellado, casas pintorescas y la actitud acogedora de la gente. En Chapala pasamos ratos inolvidables que fueron como un remanso de serenidad compartida con la familia Aviña, niños incluidos.

A veces también hacíamos visitas a los dos pueblos, que son atractivos complementarios de la capital: Tonalá y Tlaquepaque. En ellos disfrutábamos el arte del barro y del vidrio y el ambiente pintoresco de estos dos pueblos. Recuerdo que en aquellas idas a Tlaquepaque visitamos varias veces a una señora que vendía rebozos. Pero no eran los rebozos típicos de México, que son obras de arte hechas en telar. Estos eran bordados en seda sobre seda con la técnica del bordado que se conoce con el nombre de "realce". En realidad el diseño de las flores, los colores, la seda, los flecos, eran muy similares a los de los mantones de Manila, pero la forma era de rebozo. La señora que los vendía, doña Rosario Pérez, compraba la seda con uno de los oficiales del ejército mexicano, pues decía que "el rebozo tiene que ser de seda natural, la que se usa para los paracaídas". Después ella dibujaba el bordado, bien recargado y lo daba a bordar a muchachitas jóvenes de los ranchos cercanos. Pasado algún tiempo las muchachas volvían con su trabajo hecho, una verdadera obra de arte.

Yo siempre pensé que aquello era un privilegio y que no duraría mucho tiempo en desaparecer. Por eso compré dos que hasta la fecha disfruto en ocasiones especiales. No sé si ellas, las que los hacían, pensarían en lo que hacían; pero a mí me pareció que el mantón en su largo peregrinar desde China hasta España, al desembarcar del galeón de Manila, se había tomado un descanso en Tlaquepaque después de un viaje tan largo y peligroso.

En fin, no quiero alargar más mi plática llena de recuerdos que ahora, después de tantos años, producen gusto y nostalgia. Ojalá que durante muchos años más Edmundo goce de su pasión por la historia y por los libros, compartida con sus amigos, y Tere tenga en sus manos el pincel con que da gusto a sus horas libres. En este sencillo homenaje que hoy le ofrecemos con Antonio del Rincón yo

quisiera decirle una cosa más: que pocos como él han tenido la magnanimidad y el buen gusto de regalarnos una biblioteca de 24 títulos de facsímiles mexicanos, algunos de ellos de varios volúmenes.

Las muy valiosas y desinteresadas aportaciones de Edmundo Aviña Levy en beneficio de nahuatlato e historiadores

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Hace ya más de veinticinco años que Ascensión, mi esposa, y yo conocimos en Guadalajara a los que son desde entonces nuestros queridos y admirados amigos, Edmundo y Tere Aviña Levy. Los conocimos en el ámbito académico jalisciense ya que, a invitación de otro amigo, desgraciadamente desaparecido, el doctor Salvador Reynoso, íbamos con cierta frecuencia a la metrópoli tapatía para dar algunas conferencias. Desde que nos encontramos con los Aviña hasta ahora, nuestra amistad y aprecio por ellos han ido siempre en aumento. Puedo decir que desde un principio me percaté —y lo he confirmado todos estos años— que los Aviña son amigos de una generosidad que no parece tener límites.

Aquí me referiré a esa generosidad suya que ha movido a Edmundo a compartir con sus amigos y otros estudiosos muchos de los tesoros bibliográficos que ha reunido a lo largo de los años.

Edmundo es ingeniero industrial pero también estudió historia. Si su primera profesión es la que le da de comer, la segunda es la que más llena de satisfacción su espíritu. Los Aviña tienen en su selecta biblioteca obras de gran interés para el estudio de nuestra historia y también para el de la lingüística y filología nahuas. Compartirlas significó para Edmundo hacer de ellas bien cuidadas reproducciones facsimilares, varias de las cuales imprimió él mismo en los talleres de la empresa que dirige. Lejos de pensar en obtener ganancia alguna con tales ediciones, muchos ejemplares de las mismas los ha distribuido, obsequiándolos a sus amigos estudiosos y también a otros muchos. Sólo en mínima parte esas ediciones las ha puesto a la venta, ofrecidas por él a precio de costo y aprovechadas, en ocasiones, por otros que sí han lucrado con ellas.

Recordaré aquí cuáles son las obras que, en varias series, ha reproducido nuestro amigo Edmundo. Comenzaré por las ediciones facsimilares de las seis gramáticas o *artes* del náhuatl que ha sacado a luz.

Fue la primera una obra relacionada con la gramática náhuatl, pero de índole muy peculiar. Se debió ella al bien conocido sacerdote jalisciense Agustín de la Rosa que, por más de medio siglo, fue maestro en el Seminario Conciliar de Guadalajara, entre otras cosas, de náhuatl. La obra que Edmundo reprodujo en 1966 fue el estudio acerca de *La filosofía y riqueza de la lengua mexicana*, aparecido originalmente también en Guadalajara en 1889.

El *Arte, vocabulario y confesionario en el idioma mexicano, como se usa en el obispado de Guadalaxara*, del padre Gerónimo Thomas de Aquino Cortés y Zedeño, publicado por primera vez en Puebla de los Ángeles, en la Imprenta del Colegio Real de San Ignacio, 1765, fue la segunda gramática del náhuatl que reprodujo Edmundo, en 1967, Tercera en la serie, fue la *Arte novísima de lengua mexicana* por el bachiller Carlos de Tapia Zenteno, aparecida en México en 1753, y luego por Edmundo Aviña Levy en 1967.

A la publicación anterior siguió la del jesuita tezcocano Antonio del Rincón, *Arte mexicana* (1595), valiéndose para tal fin de la reproducción que hizo el doctor Antonio Peñafiel en México, en 1885. La edición de Edmundo Aviña Levy es de 1967.

La gramática de Antonio Vázquez Gastelu, *Arte de la lengua mexicana*, publicada en la Puebla de los Ángeles en 1689, fue la quinta obra que Edmundo rescató y reimprimió en 1969.

La sexta fue el *Arte de la lengua mexicana* de fray Andrés de Olmos, según la primera edición impresa, dispuesta por Rémi Siméon, publicada en París en 1875. Con gran satisfacción diré que me pidió él entonces que participara en esa edición. Mi trabajo consistió en traducir al castellano la introducción de Rémi Siméon y preparar un nuevo prólogo. Este *Arte*, con pie de imprenta de Edmundo Aviña Levy, editor, fue impreso en Guadalajara en 1972.

No es ciertamente mi propósito hacer aquí un catálogo de cuanto Edmundo ha sacado a luz para beneficio nuestro, los nahuatlatos y otros muchos. Me limitaré a mencionar cuáles son las otras series de facsímiles y en ellas las principales obras con las que ha situado a la Perla de Occidente en el ámbito de la que me atreveré a llamar "geografía facsimiliaria del siglo xx". Además de las gramáticas del náhuatl, puede hablarse de otras obras también estrechamente relacionadas con esa lengua. Pienso en la bella edición, con su estuche y reproducción a colores, del libro *Nombres geográficos de México. Catálogo de los nombres de lugar pertenecientes al idioma náhuatl*, que debemos al doctor Antonio Peñafiel, en dos volúmenes, uno de ellos con 39 láminas, aparecidos por vez primera en México en 1885.

De otro libro diré que me concierne porque fui yo quien lo dispuse. Me refiero a *Ritos, sacerdotes y atavíos de los dioses*, en el que incluí el texto náhuatl y la versión que preparé al castellano de un conjunto de textos acopiados por fray Bernardino de Sahagún en su primera indagación en Tepepulco. Publicado por nuestro Instituto de Investigaciones Históricas en la Universidad Nacional en 1958, volvió a aparecer diez años más tarde por obra y gracia de Edmundo Aviña.

Serie distinta, aunque asimismo tocante a nuestra temprana historia, es la que puede describirse como de crónicas y documentos. En ella ha incluido nuestro editor jalisciense siete obras, todas de primordial importancia. En forma sumaria aludiré a ellas.

Una es la *Historia de Tlaxcala* de Diego Muñoz Camargo, enriquecida con un índice onomástico y geográfico. Asimismo los *Memorales* de fray Toribio de Benavente *Motolinía*; el *Códice Mendieta*, dos volúmenes con documentos franciscanos del siglo XVI, aportación que debemos a don Joaquín García Icazbalceta en su primera *Colección de documentos para la historia de México*. De gran valor es esta producción ya que no existe otra a la que podamos acudir, siendo verdad que la publicada por don Joaquín es hoy en extremo rara.

Documentos también de enorme importancia para México y otros países hermanos de Hispanoamérica, son los dos volúmenes de las *Cartas de Indias*, seleccionadas y presentadas por Serrano y Sáenz con otros distinguidos historiadores españoles. Subrayaré que entre esas cartas hay algunas en lenguas indígenas, náhuatl y maya yucateco.

El proceso criminal del Santo Oficio de la Inquisición contra don Carlos, indio principal de Tezcoco, que fue la primera publicación del Archivo General de la Nación cuando era director del mismo, a principios de siglo, don Luis González Obregón, es otro título que pertenece a esta serie. Otro tanto diré de la *Descripción del arzobispado de México*, hecha en 1570 por el arzobispo fray Alonso de Montúfar y salvada del olvido por don Luis García Pimentel. Recordaré también, de fray Francisco Frejes, la *Memoria histórica de los sucesos más notables de la conquista particular de Jalisco por los españoles*. A modo de comentario, notaré que nuestro editor jalisciense hizo así contribución valiosa para el estudio de su patria chica.

El muy útil *Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de Nueva España*, de don Francisco de Icaza, también atrajo la atención de Edmundo Aviña que nos hizo el regalo de la reproducción de sus dos volúmenes. Lo mismo debe decirse del admirable trabajo de don Manuel Orozco y Berra, *Apuntes para la historia de la*

geografía en México. Y cerraré este elenco trayendo a la memoria el facsímil de la parte medular del primer volumen de *Anales del Museo Michoacano*, dirigidos por don Nicolás León.

Con ojo a la vez de bibliógrafo y bibliófilo, Edmundo Aviña concibió asimismo otra serie de facsímiles que intituló "Biblioteca Guadalupana Novohispana". De ella existen cuatro títulos.

El primero fue el *Pensil americano, florecido en el rigor del invierno. La imagen de María santísima de Guadalupe en la corte del septentrión americano*, por Ignacio Carrillo y Pérez, obra de un minero, también escritor, que entre otras cosas dejó inédita una historia general de México en once libros, bajo el también pintoresco título de *México gentil, católico, político y sagrado*.

Como segunda publicación de esta "Biblioteca Guadalupana", tenemos la obra de Bruno Francisco Larrañaga, *La América socorrida en el gobierno del excelentísimo señor don Bernardo de Gálvez*, publicada en México en 1786, en la que por cierto se lamenta de una hambruna que acababa de azotar a una parte de la Nueva España en 1785.

Aportación de un médico, José Ignacio Bartolache, fundador de la primera revista médica editada en América, *El Mercurio Volante*, es el célebre *Manifiesto Satisfactorio*, apología guadalupana que apareció con pie de imprenta datado en 1790.

Concluiré ya la que quiero calificar, más que de bibliografía, de "relación de méritos y servicios" de nuestro gran amigo jalisciense. El broche de oro ha sido la aportación del historiador poblano del siglo XVIII Mariano Fernández de Echeverría y Veytia: *Baluartes de México*, cuyo original vio la luz, en edición póstuma, en 1820.

Éstas son las muy valiosas y desinteresadas aportaciones de Edmundo Aviña en beneficio de muchos, entre los que Ascensión, mi esposa, y yo nos incluimos. Más que justo es dar las gracias a Edmundo, y también a Tere, en este acto de reconocimiento. Lo que él ha realizado es ejemplo que ojalá imiten otros bibliófilos.

Muy oportuna ha sido la idea del doctor Ignacio Guzmán Betancourt de incluir en las *Jornadas Antonio del Rincón* este homenaje a Edmundo que precisamente consumó, como ya lo hemos visto, el rescate del *Arte de la lengua mexicana* de este distinguido jesuita tezcocano.

Un doble deseo quiero hacer público. Por una parte pido a Dios que Edmundo, Tere y sus dos hijos nos sigan brindando su amistad todos los años de su vida que esperamos sea muy larga. Por otra, aunque pienso que las penurias que vivimos no son precisamente ocasión propicia para ello, ojalá que Edmundo Aviña Levy pueda volver a darnos en un futuro no lejano otras aportaciones como éstas que tanto nos han beneficiado.

Don Edmundo Aviña Levy

Hoy es un día muy especial: este recinto donde se guardan algunos de los más valiosos testimonios de nuestras raíces, es el marco más digno y apropiado para honrar a quien honor merece, el ingeniero e historiador don Edmundo Aviña Levy, generoso erudito cuya labor enaltece a Jalisco y a México, por sus aportes al conocimiento histórico, quien ha destacado por sus acciones en favor del rescate y de la preservación de nuestro patrimonio bibliográfico.

Y precisamente a causa de esos afanes e, incluso, a costa de robarle muchas horas al descanso, don Edmundo ha logrado reunir una riquísima biblioteca y ha publicado, en ediciones facsimilares, una larga lista de títulos, obras que, de otro modo, serían de acceso prácticamente imposible.

Así pues, El Colegio de Jalisco se suma, de una manera especial y particularmente afectuosa, a este muy merecido reconocimiento que se brinda a uno de sus "patrones", miembro además de su Junta de Gobierno Académico.

De igual forma, es un verdadero honor para mí, a nombre de El Colegio de Jalisco, ser portadora de una calurosa felicitación a tan importante y destacada figura de nuestra comunidad, quien se distingue, además, por su notable don de gentes, y por poseer una munificencia que le ha ganado enorme estimación entre cuantos tenemos la fortuna de conocerlo.

Ingeniero Aviña: ¡Enhorabuena!

Angélica Peregrina
Secretario General de El Colegio de Jalisco

Palabras de José María Muriá

A mi amigo Edmundo:

Me duele, querido amigo, no estar presente en el merecido reconocimiento que se te hace por tu amor a los buenos libros, tu encomiable tenacidad por preservarlos y tu altruista dedicación a rescatar del olvido algunos de ellos mediante tus pulcras y apreciadas versiones facsimilares.

Tú sabes la razón de mi ausencia: se trata del rescate bibliográfico —el mayor en la historia de nuestro país— en el que tú has participado también de manera relevante.

Angélica Peregrina estará ahí con la representación de El Colegio de Jalisco, de cuya Junta de Gobierno formas parte importante, pero quiero aprovechar la oportunidad que me ofrecen nuestros mutuos, queridos y admirados amigos Ascensión y Miguel León-Portilla para rendir explícito testimonio de mi orgullo paisanal, de mi gratitud como usuario de tu obra y de la satisfacción que despierta el privilegio de ser amigo de alguien como tú, de tal calidad humana.

Ojalá logremos cabalgar juntos por muchos volúmenes más.

Zapopan, Jalisco, diciembre de 1995

José María Muría